

CAPITULO LII.

VIAGE A LA ARCADIA.

Algunos dias despues de esta conversacion nos despedimos de Damonax con sentimiento mutuo, y tomamos el camino de la Arcadia.

Lo primero que hallamos fué el templo de Aquiles, que nunca está abierto, á cuyas cercanías vienen á ofrecer sacrificio los jóvenes que tienen en el Platanistó los combates de que he hablado: mas allá siete columnas, que se dice levantaron en otro tiempo en honor de los siete planetas; mas lejos la ciudad de Pelana, y des-

pues la de Belmina, situada en los confines de la Laconia y de la Arcadia. Belmina, plaza fuerte, cuya posesion ha suscitado querellas entre las dos naciones, y cuyo territorio riega el Eurotas, y otros rios que bajan de las montañas vecinas, está á la entrada de una garganta, por donde se pasa para ir á Megalópolis, distante de Belmina noventa estadios*, de Lacedemonia cerca de trescientos cuarenta**. Por todo el dia tuvimos el gusto de ver correr á nuestro lado, ya torrentes impetuosos y resonantes, ya las aguas apacibles del Eurotas, del Tiuns, y del Alfeo.

La Arcadia ocupa el centro del Peloponeso. Elevada sobre las regiones que la cercan, está erizada de montes, algunos de una eminencia prodigiosa, casi todos poblados de animales monteses, y cubiertos de bosques y selvas. Las campiñas están por lo comun cruzadas de rios y arroyos. En algunos parages, sus aguas abundantes, no hallando salida en los llanos, se precipitan en abismos profundos, corren por algun tiempo en la oscuridad, y despues de muchos esfuerzos, saltan y vuelven á aparecer sobre la tierra.

Se han hecho muchas y grandes obras para di-

* Tres leguas y mil quinientas toesas: (cerca de 5 leguas de España).

** Cerca de trece leguas: (cerca de 11 leguas y cuarto de España).

rigir estas aguas, mas no las suficientes. Al lado de campiñas fértiles, vimos otras condenadas á esterilidad perpetua por las frecuentes inundaciones. Las primeras producen trigo y otros granos en abundancia; y bastan para mantener rebaños numerosos; pues los pastos son allí excelentes, principalmente para los jumentos y caballos, cuyas castas son muy estimadas.

Ademas de muchas plantas medicinales, produce este país casi todos los árboles conocidos. Los habitantes hacen de ellos un estudio prolijo, y dan á la mayor parte nombres particulares; pero es facil distinguir el pino, el abeto, el cipres, el arbol de la vida, el andracno, el chopo, una especie de cedro, cuyo fruto no madura hasta el tercer año. Omíto otros muchos igualmente conocidos, como tambien los árboles que sirven de adorno en los jardines. En un valle vimos abetos de extraordinaria corpulencia y altura; lo que nos dijeron, que debian á su buena situacion, por no estar expuestos ni á la furia de los vientos, ni á los ardores del sol. En un bosque cerca de Mantinea, nos enseñaron tres especies de robles, que eran el de hojas largas, la haya, y otro cuya corteza es tan ligera, que nada en el agua; los pescadores la usan para sostener sus redes, y los pilotos para señalar el sitio donde han echado las áncoras.

Los Arcades se creen hijos de la tierra, porque

han habitado siempre en el mismo país, sin haber sufrido jamas el yugo extranero. Se dice que viviendo al principio en los montes, aprendieron poco á poco á formarse cabañas, á vestirse de pieles de jabali, á preferir á las yerbas silvestres, y ordinariamente nocivas, las bellotas de la haya, ó del roble, las que comian todavía en estos últimos siglos. Lo que parece cierto es, que despues de haber conocido la necesidad de reunirse, no conocian todavía los atractivos de la union. El clima frio y rigido, da vigor al cuerpo, y dureza al alma. Para amansar este caracter feroz, algunos sabios de un orden superior, resueltos á ilustrarlos con sensaciones nuevas, les inspiraron la aficion á la poesia, al canto, al baile, y á las fiestas. Jamas han producido las luces de la razon una mudanza de costumbres tan pronta y tan general. Los efectos que tuvo se han propagado hasta nuestros dias, porque los Arcades no han cesado de cultivar las artes, que la habian dado á sus mayores.

Convidados diariamente á cantar durante la comida, seria una cosa vergonzosa para ellos ignorar ó despreciar la música, que se les obliga á aprender desde la niñez, y en la juventud. En las fiestas, y en los ejércitos, arreglan las flautas sus pasos y evoluciones. Persuadidos los magistrados á que estas artes halagüenas son las únicas que pueden librar la nacion de la in-

fluencia del clima, juntan todos los años los discípulos, y les hacen bailar para poder juzgar de sus progresos. El ejemplo de los Cineteos prueba el acierto de estas precauciones; pues esta corta poblacion, confinada al norte de la Arcadia, en medio de montes, con un cielo de bronce, se ha negado siempre á la seduccion, y se ha hecho tan feroz y tan cruel, que no se oye su nombre sin terror.

Los Arcades son humanos, benéficos, hospitalarios, sufridos en las adversidades, y obstinados en las empresas, á pesar de los estorbos y peligros. Han peleado muchas veces con feliz éxito, y siempre con gloria. En tiempo de paz, se ponen al sueldo de las potencias extrangeras, sin eleccion y sin preferencia; de manera que algunas veces se les ha visto seguir partidos contrarios, y pelear unos contra otros. A pesar de este espíritu mercenario, son celosísimos de su libertad. Despues de la batalla de Queronea, ganada por Filipo, rey de Macedonia, negaron al vencedor el título de generalísimo de los ejércitos de la Grecia.

Sujetos antiguamente á reyes, se dividieron despues en muchas repúblicas, que todas ellas tienen derecho de enviar diputados á la dieta general. Mantinea y Tegea están á la cabeza de esta confederacion, que seria muy temible, si reuniese sus fuerzas; porque el pais está muy po-

blado, y se cuentan en él hasta trescientos mil esclavos; pero los zelos del poder mantienen continuamente la division en los Estados chicos y grandes. En nuestros dias se habian multiplicado tanto las facciones, que se presentó á la asamblea de la nacion el plan de una nueva asociacion, que entre otros reglamentos, confiaba á un cuerpo de diez mil, la facultad de hacer la guerra y la paz. Suspendido este proyecto por las nuevas turbulencias que motivó, se reprodujo con mayor ahineo despues de la batalla de Leuctres. Epaminondas, que para contener por todas partes á los Esparciatas, acababa de hacer volver á la Mesenia, á sus antiguos moradores, propuso á los Arcades destruir los pueblos pequeños que no tenian defensa, y trasladar sus habitantes á una plaza fuerte, que se edificaria en las fronteras de la Laconia, y para coadyuvar á esta empresa les dió mil hombres, con lo cual se echaron al punto los cimientos de Megalópolis. Sucedió esto quince años antes de nuestra llegada.

Quedamos maravillados de ver la extension de su circuito, y la elevacion de sus muros, flanqueados con torres. En este tiempo ya hacia sombra á Lacedemonia, segun lo eché de ver en una de mis conversaciones con el rey Arquidamo, quien algunos años despues acometió á esta colonia naciente, y al cabo ajustó un tratado con ella.

Al principio puso su cuidado en la legislación; con cuya mira rogó á Platon que le diese un código de leyes. El filósofo agradeció esta distincion tan lisonjera; pero habiendo sabido, ya por los diputados de la ciudad, ya por un discípulo suyo que habia enviado allá, que los habitantes no admitirian jamas la igualdad de bienes, tomó el partido de negarse á sus ruegos.

La ciudad está dividida en dos partes por un riachuelo llamado Helison; en una y otra se habian edificado, y se seguia edificando todavia casas y edificios públicos. La del norte estaba adornada con una plaza, cercada de una balaustrada de piedra, y rodeada de edificios sagrados, y de pórticos. En frente del templo de Júpiter se acababa de levantar una estatua de Apolo, hecha de bronce, y de doce pies de altura, la cual era un regalo de los Figalienses, quienes concurrían de buena voluntad al adorno de la nueva ciudad. El mismo celo manifestaban algunos particulares: uno de los pórticos tenia el nombre de Aristandro, quien lo hizo edificar á su costa.

En la parte del mediodia vimos un vasto edificio, en donde se reúne la asamblea de los diez mil diputados á cuyo cargo está el velar sobre los grandes intereses de la nacion: en el templo de Esculapio nos enseñaron unos huesos de ex-

traordinario tamaño, y se decia que eran de un gigante.

La ciudad se iba poblando de estatuas; en ella conocimos á dos artistas atenienses, llamados Cefisódoto y Xenofonte, quienes estaban haciendo un grupo, que representaba á Júpiter sobre un trono, la ciudad de Megalópolis á su derecha, y á Diana conservadora á su izquierda. El marmol se habia sacado de las canteras del monte Pentélico, situado cerca de Atenas.

Otras muchas particularidades pudieran referir; pero en la relacion de mis viages, he huido de hablar de muchos templos, altares, estatuas y sepuleros, que nos ofrecian á cada paso las ciudades, los lugares, y aun los parages mas solitarios. Tambien me ha parecido omitir la mayor parte de los prodigios y fábulas absurdas, que nos contaban largamente; porque el viajero condenado á oirlas, debe ahorrar este martirio á sus lectores. Es inutil que se meta á conciliar las diversas tradiciones sobre la historia de los dioses y de los primeros heroes; porque sus afanes servirian únicamente para aumentar la confusion de un caos impenetrable á la luz. Basta que observe en general, que en algunos pueblos los objetos del culto público tienen otros nombres; los sacrificios que se ofrecen van acompañados de otros ritos; y sus estatuas están caracterizadas con otros atributos.

Pero debe detenerse en los monumentos que atestiguan el gusto, las luces ó ignorancia de un siglo; describir las fiestas, porque nunca habrá exceso en representar á los desgraciados mortales las imágenes dulces y risueñas; referir las opiniones y usos que sirven de ejemplo ó lección, aun cuando se deje al lector el trabajo de hacer la debida aplicacion. Así, cuando yo me contento con decir, que en una comarca de la Arcadia adoran al Ser supremo bajo el título de Bueno, cada uno se inclinará á amar al Ser supremo. Cuando yo diga que en la misma provincia ha sacrificado en otro tiempo el fanatismo víctimas humanas*, todos se enternecerán de ver

* Véase el hecho de Licaon, al principio de la introduccion á esta obra.

He dicho que los sacrificios humanos quedaron abolidos en la Arcadia, en el siglo cuarto antes de J. C. Contra esto se puede alegar un pasage de Porfirio, que vivia seiscientos años despues. Dice en efecto que duraba todavía el uso de estos sacrificios en Arcadia y en Cartago. Este autor inserta en su obra muchos pormenores, tomados de un tratado que se ha perdido, compuesto por Teofrasto. Pero como advierte que ha añadido algo á lo que cita de Teofrasto, no sabemos á cual de estos dos autores se ha de atribuir el pasage que examino, y en parte está en contradiccion con otro de Porfirio. Dice en efecto, que Ificrates abolió los sacrificios humanos en Cartago. Importa poco saber si en lugar de Ificrates, se debe leer Gelon; pues no seria menos palpable la contradiccion. El silencio de los demas autores me ha parecido de mayor peso en esta ocasion. Pausanias en especial, que se detiene en las mayores menudencias de las cere-

que el fanatismo arrastra á semejantes horrores, á una nacion que adoraba al Dios bueno por excelencia. Vuelvo á mi narracion.

Habiamos resuelto dar vuelta á la Arcadia. Este pais es una continuacion de pinturas, en que la naturaleza ha desplegado la grandeza y fecundidad de sus ideas, reuniéndolas negligentemente, sin atender á la diferencia de los géneros. La mano poderosa que fundó sobre basas eternas tantas rocas áridas y enormes, se divirtió en dibujar á sus pies, ó en sus intermedios, praderas amenas; asilo de la frescura y del reposo: por todas partes se ven sitios pintorescos, contrastes imprevistos, y efectos admirables.

¡ Cuántas veces, llegados á la cima de un monte soberbio, vimos el rayo serpentear por debajo de nosotros! ¡ cuántas, parados en la region de las nubes, vimos mudarse repentinamente la luz del día en una claridad tenebrosa, condensarse el aire, agitarse violentamente, y ofrecernos un espectáculo tan bello como terrible! Aquellos torrentes de vapor que pasaban por nuestra vis-

monias religiosas, ¿ hubiera omitido un hecho tan importante? ¿ cómo se hubiera olvidado de él, cuando hablando de Licaon, rey de Arcadia, refiere que fué trasformado en lobo, por haber sacrificado un niño? Platon á la verdad, dice que estos sacrificios duraban todavía entre algunos pueblos, mas no dice que fuese entre los Griegos.

ta, y se precipitaban en los valles profundos: aquellos torrentes de agua que caian bramando en el fondo de los abismos: aquellas masas enormes de montañas, que al traves de las densas nieblas que nos cercaban, parecian estar colgadas de negro, los fúnebres cantos de los pájaros, el susurro lastimero de los vientos y de los árboles: veis aquí el infierno de Empédocles: veis aquí aquel oceano de aire confuso y blanquecino, que impele y rechaza las almas culpables, ya al traves de las llanuras de los aires, ya en medio de globos sembrados en el espacio.

Salimos de Megalópolis; y despues de haber pasado el Alfeo, fuimos á Licosura, al pie del monte Liceo, por otro nombre Olimpo. Esta comarca está llena de bosques y de animales monteses. Por la tarde nos hablaron nuestros huéspedes de su ciudad, que es la mas antigua del mundo, de su monte, en donde fué arrebatado Júpiter; del templo y fiestas de este dios, y principalmente de su sacerdote, quien en tiempo de sequedad, tiene la virtud de hacer caer el agua del cielo. Despues nos hablaron de una cierva, que todavía vivia dos siglos hace, y segun decian, habia vivido mas de setecientos años: la cogieron algunos años antes de la guerra de Troya: la data de la toma de esta ciudad estaba diseñada en un collar que traia: la mantenian como un animal sagrado, en el recinto del tem-

plo. Aristóteles, á quien yo conté este hecho, no lo extrañó, fundándose en la autoridad de Hesiodo, que atribuye á la vida de la cierva una duracion mayor todavía, y añadió que el tiempo de la preñez, y crecimiento del cervato, no indicaban tan larga vida.

El dia siguiente fuimos á la cumbre del monte Liceo, desde donde se descubre casi todo el Peloponeso, y asistimos á los juegos que se celebran en honor del dios Pan, cerca de un templo y de un bosque consagrados á él. Despues que se adjudicó el premio, vimos unos jóvenes del todo desnudos, que corrian dando carcajadas detras de cuantos encontraban en el camino*. Vimos tambien á otros que pegaban con látigos á la estatua del dios, castigándole porque en una caceria, hecha bajo sus auspicios, no habia proporcionado bastante caza para su convite.

Sin embargo, los Arcades no son menos adictos al culto de Pan. Han multiplicado sus templos, sus estatuas, altares y bosques sagrados; y le representan en sus monedas. Este dios persigue en la caza á los animales nocivos á las mieses: anda errante con placer por los montes; desde allí cuida de los numerosos rebaños que pacen en los llanos; y con el instrumento de

* Las Lupercales de Roma, tienen su origen en esta fiesta.

siete cañas, inventado por él, saca sones que resuenan en los valles vecinos.

Pan tenía en otro tiempo una grande hacienda; predecia lo futuro en uno de sus templos, donde ardía una lámpara de día y de noche. Los Arcades dicen tambien que distribuye á los mortales en vida las recompensas y castigos que merecen: lo colocan como los Egipcios en la clase de las principales divinidades; y el nombre que le dan parece significar, que extiende su imperio sobre toda sustancia material. A pesar de tan bellos títulos, ellos le limitan ahora sus funciones á proteger á los cazadores y pastores.

No lejos del templo de Pan está el de Júpiter, en medio de un cercado donde no pudimos entrar. Otros muchos lugares sagrados hallamos despues, cuya entrada está prohibida á los hombres, y permitida á las mugeres.

Fuimos despues á Figalea, que se ve desde lejos sobre una peña escarpada. En la plaza pública hay una estatua que puede servir á la historia de las artes. Los pies están casi juntos, y los brazos pendientes, y muy pegados á los costados y muslos. De esta manera se hacian en otro tiempo las estatuas en la Grecia, y así las figuran aun en el día en Egipto. La que nosotros teniamos delante la puso el atleta Arraquion, que llevó uno de los premios en las olimpiadas cincuenta

y dos, cincuenta y tres y cincuenta y cuatro *. De esto se debe inferir, que dos siglos hace se sujetaban todavia muchos artistas al gusto egipcio. **

A la derecha, y á treinta estadios de la ciudad *** está el monte Elayo; á la izquierda, y á cuarenta estadios **** el monte Cotilio. En el primero se ve la gruta de Ceres, por sobrenombre la *Negra*, porque la diosa desconsolada por la pérdida de Proserpina, estuvo allí encerrada algun tiempo, vestida de luto. En el altar, que está á la entrada de la gruta, se ofrecen, no victimas, sino frutos, miel y lana en crudo. En una aldea que hay sobre el otro monte, nos quedamos atónitos al ver el templo de Apolo, uno de los mas hermosos del Peloponeso, tanto por la eleccion de las piedras del techo y paredes, quanto por la feliz armonía que tienen todas sus partes. Bastaria el nombre del arquitecto para asegurar la gloria de este edificio, pues fué aquel Ictino, que en tiempo de Pericles edificó en Atenas el celebrado templo de Minerva.

* En los años de 572, 568, 564 antes de J. C.

** Véase lo que se dijo en el capítulo xxxvii de esta obra, al artículo de Sicione del origen y progresos de la escultura.

*** Una legua y trescientas treinta y cinco toesas. (Cerca de una legua de España.)

**** Cerca de legua y media. (Poco mas de legua y cuarto de España.)

De vuelta á Figalea asistimos á una fiesta, que se acabó con un espléndido banquete: los esclavos comieron con sus amos: se daban elogios excesivos á aquellos convidados que comían mas.

Al dia siguiente, habiendo vuelto por Licosura, pasamos el Alfeo, no lejos de Trapezonta, y fuimos á hacer noche á Gortis, cuyas campiñas fertiliza un rio del mismo nombre. Habiamos encontrado todo aquel dia comerciantes y viajeros que iban á Alifera, ciudad pequeña, que nosotros dejamos á la izquierda, en la cual habia una feria. No quisimos ir con ellos, porque ya habiamos visto muchas veces este espectáculo, y ademas hubiera sido preciso trepar por mucho tiempo por un monte lleno de precipicios. Nuestras guías se olvidaron de llevarnos á un valle que está cerca de Trapezonta, en donde dicen que la tierra vomita llamas cerca de la fuente Olimpicas, que se seca un año sí, y otro no. A esto añadian que en aquel sitio se habia dado la batalla de los gigantes contra los dioses, y que los habitantes, para recordar esta memoria, sacrifican á las tempestades, á los relámpagos y al rayo en ciertas ocasiones.

Los poetas han celebrado la frescura de las aguas del Cidno en Cilicia, y del Melas en Panfilia; pero las de Gortinio merecian mejor este elogio: jamas las hielan los fríos mas rígidos, ni

los mas ardientes calores alteran su temple: sea que sirvan para baño, sea para beber, causan sensaciones deliciosas.

Ademas de la frescura que distingue las aguas de la Arcadia, las del Ladon, que pasamos el dia siguiente, son tan cristalinas y tan puras, que no las hay mejores sobre la tierra. Cerca de sus orillas, en donde hacen sombra chopos altísimos, hallamos á las jóvenes de los contornos, danzando al rededor de un laurel, del cual habian colgado guirnaldas de flores. La joven Clitia, acompañándose con la lira, cantaba los amores de Dafné, hija del Ladon, y los de Leucipo, hijo del rey de Pisa. Nada habia en la Arcadia mas bello que Dafné, ni en la Elide, que Leucipo. ¿Mas cómo triunfar de un corazon que Diana sujetaba á sus leyes, y que Apolo no pudo subyugar? Trenza Leucipo sus cabellos, y los anuda sobre su cabeza, se viste con una túnica ligera, echa á sus espaldas la aljaba; y así disfrazado, persigue con Dafné los gamos y corzos por la llanura, hasta que ella corre, y se pierde con él en las selvas. Sus furtivos ardores no pueden ocultarse á las miradas zelosas de Apolo: lo declara á las compañeras de Dafné, y el infeliz Leucipo cae á sus tiros. Clitia añadió que no pudiendo la ninfa sufrir, ni la presencia del dios que se obstinaba en perseguirla, ni la luz que él derrama sobre los mortales, suplicó á la Tierra